

Atravesar la incertidumbre. Spinoza, filosofía para viajeros

Sara Reyes Vera

Facultad de Filosofía, Universidad de La Laguna

DESDE LA IMAGEN DE UN VIAJE EN ferrocarril que nos ofrece Paul Valéry tomamos el aire cuando por la ventana pasa el paisaje. El «Tiempo se pone en marcha» y va coincidiendo con las ciudades. Los intervalos entre pausas del viaje son lo más filosófico y a la vez lo más bello (*Revue de France* 1926). En la parada es donde a través del detenimiento vemos el acontecer del viaje. Marcamos algunas referencias señalando certezas, como quien bebe agua y está seguro de beber de nuevo cuando aparezca la sed. Sin embargo cuánto valen esas referencias si «Nada sucede dos veces/ ni va a suceder» recito de Wislawa Szymborska.

Vamos alcanzando la estación de *hasta ahí* donde surge la historia del viaje y la experiencia está recorrida. A partir de esa experiencia nada es igual a lo anterior y la incertidumbre se adelanta en las vías.

La verdad se certifica a sí misma escribe Spinoza en la época de claroscuros que le tocó vivir. El autor de la *Ética* afirma que «así como la luz se manifiesta a sí misma y a las tinieblas, también la verdad es norma de sí misma y de la falsedad», así lo leemos en el escolio de la proposición 43 de la segunda parte. El lenguaje del filósofo atraviesa y relaciona los intervalos de claridad y oscuridad para el pensamiento sin hacer diferencias respecto a la riqueza gramática que de ellos pueda

extraerse, ni de los afectos y efectos de los que sean responsables. Confluyen desde la luz hasta su ausencia una línea vital de composiciones. En esa línea de intervalos, la incertidumbre puede ser la certeza más evidente de la oscuridad, aquella que prueba que lo incierto es vivir.

La vida y la filosofía comparten viaje ¿Qué podemos esperar del camino? Estamos ante un proceso de velocidades y lentitudes con doble lectura del paisaje, la que observa la idea de conjunto y la que descubre las partes que lo integran. Desde la ventanilla spinozista lo que resulta característico, en tanto filosofía, es la no-filosofía que también convive en esta observación del viaje, la «lectura afectiva» como herramienta de comprensión que no deja oportunidad a la indiferencia del viajero. Aquí las certezas se ven tan acompañadas como lo están la incertidumbres, de esas causas afectivas. Causas eficientes considerando al conjunto: tren y viajeros o tiempo y deseos.

En la metáfora de Valéry tomando la parte de sus *Estudios Filosóficos* donde habla de Rembrandt, la sutileza entre la sombra y la luz es «insignificante al intelecto» aunque el ojo perciba lo informe. De manera extraordinaria el artista puede hacer algo al respecto, su conocimiento de la obra le permite sumar una función oculta a los cuerpos representados, dirigir

al espectador hacia el lugar de la luz por medio de las sombras. Valéry nos hace observar que Wagner consigue manejar esas sombras en su obra. Cuando las armonías están divididas por efectos *laterales*, surge la «sombra del oído» y aparece lo posible de esa oscuridad sensible. Lo que la mente no sabe definir es dirigido por el maestro hacia los sonidos más deslumbrantes. El compositor despeja la penumbra como lo hace Rembrandt para hacer renacer «presentimientos, expectativas, preguntas, enigmas, comienzos indefinibles...».

Desde la perspectiva spinozista esos comienzos indefinibles de la vida, no son motivo de desaliento sino de búsqueda de contornos y profundidades propios de las relaciones entre la oscuridad y su unívoca composición con la luz. Existe una razonable búsqueda de certezas, bien cercanas vistas las de aquel *Insomne* (1964) borgiano que sabe de la «precisión de la fiebre» a la vez que el alba le sea incierto, bien lejanas como las que pretenden quienes no buscan salvarse sin deslindar el deseo de saber del deseo de claridad y se adentran en la caverna.

103

No salvarse, no ver en la claridad lo único posible, actuando la vida que se arriesga por sí misma. Joan-Carles Mèlich en su libro *La sabiduría de lo incierto* ofrece una *variación* a modo musical del mito platónico de la caverna. Los prisioneros ahora son hombres y mujeres libres guiados por una luz que no tolera ambigüedades, tranquilizadora, sin incertidumbres. De entre las personas liberadas alguien decide no sin miedo entrar en la cueva. En el fondo una luz de hoguera que refleja las sombras del exterior. Quien reunió el valor de adentrarse no sabe interpretarlas y decide salir e invitar a alguien más a su aventura. Ya en el interior las dos personas interpretan dos versiones diferentes de las sombras. Ocurren dos significaciones, dos respuestas a una sola pregunta acerca de lo que hay delante. El experimento planteado por el profesor nos sitúa ante la pregunta desde la oscuridad, del interior de la caverna surgen las grandes

obras que plantean «preguntas incontables, pero decisivas» aquellas que hacen el continuo sostenido de la filosofía, la literatura, la ciencia y sus disciplinas.

En el caso de la filosofía spinozista su eje gira en torno al amor y en su potencia de actuar. ¿Qué es necesario para esa acción? Evidentemente desplegar nuestro propio potencial para ser afectados y responder, o en otro sentido comprender antes de juzgar. Abrir cuestiones a veces inquietantes como la que plantea en el *Tratado Teológico Político (TTP)* sobre la «esclavitud humana» ¿qué hace que se luche por ella como si se tratara de la salvación?, y muchas otras en las que se sumerge en los significados del deseo, la tristeza o la alegría para extraer la vitalidad que supera la reducción a la ignorancia, aunque concluya reducir a lo imposible.

Al investigar Spinoza usa un modelo minuciosamente trabajado con el que prepara la pregunta de manera «sistemática y científica» (Deleuze, *Spinoza: Filosofía Práctica*) Nacen con su método, en un segundo género de conocimiento, las nociones comunes que aportan significados compartidos en unidades de compromiso cooperativo.

Sin asilo en la trascendencia y «puesto que las cosas que podemos imaginar fácilmente nos son más gratas que las demás, los hombres prefieren el orden a la confusión, como si en la naturaleza el orden fuese otra cosa que una relación con nuestra imaginación». Leído ese párrafo en el Apéndice de la primera parte de la *Ética*, cabe dudar si para la incertidumbre queda más cerca la confusión o el orden.

En cierto sentido aquí hay muestra de una filosofía que no está dispuesta a alejarnos del dolor, ni tan siquiera lo evita. Le interesa mucho más que evitarlo comprenderlo desde la inmanencia del daño. Con ella avanzamos hacia lo que nos ocupa.

Si la incertidumbre se aleja de dos de sus grandes soportes; la esperanza o el miedo,

¿dónde termina? La esperanza y el miedo están para Spinoza situadas entre las que denomina pasiones tristes. ¿Es triste la esperanza? ¿Porqué está colocada al nivel del miedo?

Lo primero que vemos es a un Spinoza rechazando la herencia de los significados. Insatisfecho de argumentos que establecen dicotomías como el bien y el mal, u otras que parten de claridades cuestionables siendo muchas veces ilusiones lumínicas programadas por el poder de turno. En la proposición 47 de la cuarta parte de su *Ética* explica que los «afectos de la esperanza y el miedo no se dan sin tristeza, puesto que el miedo es tristeza y la esperanza no se da sin miedo» Así que estos afectos por sí mismos no son deseables. Ocurre, dice más adelante, que como rara vez se vive bajo el dictamen de la razón, la esperanza trae más utilidad que daño. Lo cual también vale para la humildad, el arrepentimiento y el miedo, como se lee en la cuarta parte citada esta vez en el escolio de su proposición 54.

Resignificación de los términos volviéndolos a pensar desde la base del «no sé». Las dos pequeñas palabras que tanto estimaba Szyborska. «Pequeñas, pero dotadas de alas para el vuelo. Nos agrandan la vida hasta una dimensión que no cabe en nosotros mismos y hasta el tamaño en el que está suspendida nuestra Tierra diminuta», decía en su discurso por el Premio Nobel de literatura en 1996.

La propuesta es pensar los significados sin adentrarse en un estética del mundo, aunque se descubra belleza por extensión de la propia Naturaleza de la que formamos parte. Tampoco estoica por medio de una voluntad topando una y otra vez con las emociones. Los estoicos «fueron forzados a confesar, no por sus propios principios, sino por las protestas de la experiencia, que ser requieren no poco empeño y ejercicio para coacerarlos y moderarlos» dice el Prefacio de la quinta parte de la *Ética*.

La disciplina de la voluntad *dirigiendo las pasiones que queremos tener*, como ve posible Descartes a través de la certeza y firmeza de los juicios, no convence en nada a Spinoza, que niega *un imperio absoluto sobre nuestras pasiones* por medio de tal voluntad mecánica que poco sabe elegir, ante el peligro, entre enfrentamiento o fuga. La potencia de la mente se mide por la sola inteligencia, responde Spinoza, determinado a estudiar los afectos «los cuales creo que todos experimentan, mas no los observan cuidadosamente ni los ven distintamente, mediante el solo conocimiento de la mente», sigue en el Prefacio citado.

Todo lo dicho podemos leerlo en estratos de comprensión que ofrecen los pasajes escritos por quien maneja un sobresaliente aparato conceptual. La incertidumbre explorada desde esa arquitectura también nos deja distintos estratos de comprensión, como vimos desde el análisis previo de la esperanza y el miedo hasta su cualidad para el «no lo sé» que abre multitud de preguntas. «De cada problema resuelto surge un enjambre de nuevas preguntas», afirmaba Szyborska en su discurso. «La inspiración, cualquier cosa que sea, nace de un perpetuo ‘no lo sé’». Para esta filosofía traída del siglo XVII en toda su actualidad, con el «no lo sé» no aparece la culpa ni el desdén por el error, en tanto que no hay una secuencia moral en los argumentos que usa para resignificar y pretende incluso más que verdades, una posición de amor por la verdad.

El primer paso es compartir esa posición a partir de la cual fluye el diálogo entre los distintos saberes. Ese cuerpo de diálogo es un generador de entendimiento y aproximaciones para el acuerdo. Sostiene la fuerza que deriva de la cooperación humana como rebeldía que no acepta el peor destino.

Vivir la época que nos toca como los «buenos antepasados» de los que nos habla Roman Krznaric, ocupado en la manera



Fotografía: Antonio Heredia

105

de «establecer una conexión personal y empatizar con unas generaciones futuras». Se refiere a las que no conoceremos ni sabremos nunca qué vida les espera pero sentimos un vínculo invisible por ellos. Por eso lanzamos una cuerda al futuro, desde tantos lugares como aportaciones comunitarias haya generando lazos de trabajo cooperativo. Podemos conseguir la manera por la que nuestras incertidumbres dejen menos incierta la vida de los que inician la vida o incluso no han nacido.

En todas las generaciones y para cada existencia el naufragio ya ocurrió. Ya fuimos lanzados y lanzadas al mar «desde el vientre de la madre al litoral de la luz igual que el navegante es arrojado a la orilla por las furiosas olas» leemos en Blumenberg hablando del temible mar en *Naufragio con espectador: Paradigma de una metáfora de la existencia*. Nadar en lo incierto bajo la tensión que se da entre seguridad y riesgo.

En la navegación naufragar es una «suerte de legítima consecuencia», mientras que alcanzar el puerto o que los vientos soplen en «apacible bonanza son solo el aspecto engañoso de una tan profunda problematicidad». Entre el riesgo y la seguridad, entre la tempestad y la calma se dan los días. En otros lo que existe una amplia «región gris», así los nombra Belén Gopegui en su libro *El murmullo. La autoayuda como novela, un caso de confabulación*, lo que ocurre, «cuando simplemente se pierde y de fondo no suena una música, no hay cánticos dedicados al honor de quienes perdieron, ni visos de que algo nuevo vaya a comenzar: otro episodio, otra película» en esta región se vive de forma tan plana que temores y deseos están en el mismo punto siempre. No sopla el viento, a la deriva.

La verdad como medida de sí misma señala el estancamiento; la falta de perspectiva que se vuelve incertidumbre en espera de lo excepcional. No es

**«Las ideas de
perfección o el ideal de
la misma actúan dando
a la incertidumbre más
tonalidades. Esas que
nos llevan al temblor de
lo incierto en el fondo
de la caverna. Al reflejo
de luz trémula y sus
sombras.»**

fácil despejar la incógnita de esas zonas tanto como se consigue ver lo real de la tormenta. Se necesita del lenguaje que satisface la idea, y la idea de la idea hasta el acuerdo con el deseo, más precisamente, en acuerdo con *ser deseo*.

Necesitamos saber qué hacer y hacia dónde dirigimos siendo cada cual «garante de su propia libertad», para saber cómo actuar con conciencia de sí sobre todo ante la difusa neblina gris.

Se observan dos aspectos posibles a partir de la metáfora del naufragio: en primer lugar el vacío que ofrece el «nihilismo heroico» dicho así por Blumenberg para dar señal de la consecuencia del «naufragio buscado para probar un bienestar inquebrantable», y que además hace notar la falsedad figurada como zozobra de la «carcasa artificial del engaños y autoaseguramientos». Una falsa seguridad que elimina potencia de toda la acción. Monotonías grises surgidas de incertidumbres que subyacen anestesiadas en ese nihilismo.

En segundo lugar y sentido contrario se presenta la cautela desde la que se asume el riesgo. Desde esa perspectiva hay una aceptación del fracaso y no se usa éste como argumento contra el viaje. Estas y estos son navegantes que se las arreglan incluso en la inmensidad del naufragio sobrevenido. Para esas personas la incertidumbre decae cuando en el error existe un aprendizaje posible. Lo que se muestra aquí, en el suceso del naufragio, es cómo incertidumbres previas fueron superadas por ancestrales curiosidades o sencillamente por la necesidad de embarcar. Esto último se fuga de la narración en el instante eterno de la tormenta cuando el tiempo se gasta en sobrevivir, *perseverar en el ser*. Estar en el tiempo que no puede ser contado porque urge vivirlo como se produce.

Con lo dicho hasta ahora vemos que tanto la seguridad como el riesgo están salpicados por la incertidumbre que origina la espuma de este mar-vida imaginado.

Al alcanzar puerto alcanzamos la seguridad desde la que vemos los restos del naufragio. Esa costa representa una forma de alegría que resulta de *la idea de una cosa futura o pasada, cuya causa de duda ha desaparecido* si lo decimos con palabras de Spinoza. Entonces se libera de dudas la esperanza y nos queda la seguridad, pero «¿Por qué es que uno está a la vez seguro y no obstante muy vulnerable?» Pregunta Deleuze en su clase ‘Spinoza y la certidumbre de la creación’ de 1981.

Sentirnos seguros y seguros en nuestra condición de fragilidad. Volvemos a la clase anterior donde Deleuze se refiere a las nociones comunes con un ejemplo muy ilustrativo: «el ritmo es una noción común al menos a dos lados: no existe el ritmo del violín, existe el ritmo del violín que responde al piano y el ritmo del piano que responde al violín. Eso es una noción común, la noción común de dos cuerpos, el cuerpo del piano y el cuerpo del violín, bajo tal o cual aspecto. Es decir, bajo el aspecto de la relación que constituirá tal obra musical y que forma el tercer cuerpo». La vulnerabilidad se protege de alguna forma con el conocimiento basado en esas nociones comunes compartidas. Ellas nos ayudan a comprender de que está compuesto y cómo se relacionan las partes en el medio que nos rodea. Se reviste a la fragilidad de cautela.

La incertidumbre se cumple en todo ese proceso comprensivo porque en él siempre quedan preguntas sin contestar. Y a pesar de encontrar algunas respuestas, ni todo se consigue en la vida ni estamos a salvo de la catástrofe o el infortunio ya que por más certezas que reunamos el derrumbe llega perfectamente real.

Devolvemos a la *Ética* la palabra y leemos en la sexta definición de la segunda parte que Spinoza entiende lo mismo por realidad y perfección. Sin modelos comparativos lo perfecto no tiene a qué señalar. Spinoza critica la necesidad de una «idea universal» para ofrecer un modelo. Como si la naturaleza que en

modo alguno opera con vistas a un fin mirara a esos modelos hasta conseguirlos. Luego las cosas *perfectas* o *imperfectas* se dan más «en virtud de un prejuicio que de un conocimiento verdadero de ellas» escribe en el Prefacio de la cuarta parte de la *Ética*.

Las ideas de perfección o el ideal de la misma actúan dando a la incertidumbre más tonalidades. Esas que nos llevan al temblor de lo incierto en el fondo de la caverna. Al reflejo de luz trémula y sus sombras.

En el admirable cuadro de Rembrandt *Filósofo que piensa* hay representado un pequeño «animal intelectual que secreta una sustancia luminosa». Esa interpretación de Valéry nos pone delante al animal que piensa y actúa con conciencia de sí mismo, de los otros y de la propia Naturaleza. Aquí encuentra su más fiel aproximación a la certeza.

El filósofo de Rembrandt se ilumina a sí mismo porque las sombras lo ayudan. Nuestro filósofo guía en este texto, no se conduce por propósitos morales, no ve en la naturaleza moldes o finalidades, baja la luz de la lámpara si es preciso para observar en la oscuridad. Cabe mucho más que decir pero basta ahora manifestar que Spinoza conduce su pensamiento para demostrar la potencia y libertad de la mente. De la proposición 38 en la quinta parte de la *Ética* apartamos el siguiente párrafo: «cuantas más cosas entiende la mente por el segundo y tercer género de conocimiento, tanto mayor es la parte de ella que permanece ilesa y, en consecuencia, menos padece por los afectos»

La incertidumbre en su desconcierto cae como una lluvia de interrogaciones. El temor expresado en el miedo a un mal futuro va aumentando según concurren causas que lo motiven. «La trampa está en que siempre queda un mundo por soñar» reza el aforismo de Ramón Andrés en sus *Caminos de intemperie*.

En el proceso de comprender qué es la incertidumbre, hemos hecho un camino iniciado con Valéry. Gracias a la imagen que nos describe vemos la figuración del tren que va deteniéndose. «El trayecto es una obra que se parece bastante a una sinfonía. La analogía prosigue incluso en la impaciencia de la gente, que se cubre, se prepara, se levanta, se dirige a los pasillo...»

Somos animales pensantes que viajan a través de *estelas en la mar*. Con sus versos nos ayudó el poeta a saberlo. El derrumbe «no es un accidente: es, en un sentido inédito, la razón misma de nuestra historia, su reapertura y su relanzamiento» Jean Luc Nancy abre una puerta de salida al temor en la idea de agotarlo al indagar los fenómenos que lo hacen emerger.

Es de esa posibilidad misma acerca del temor desde donde nos dirigimos al centro de la incertidumbre. En su texto *La frágil piel del mundo* mientras analiza qué es la singularidad y sus bordes, Nancy afirma que tenemos pendiente la interpretación y la transformación del mundo. Velar «no quizás para alcanzar una aurora siempre incierta, sino para acostumar nuestra mirada, y nuestro oído, a la noche misma y a la proximidad de lo lejano en ella, con vistas a una imprevisible verdad».

Lo imprevisible, lo incierto, siempre puede ser lo real. Aquello que se construye con los restos del naufragio. —

Por lo demás, yo no sueño, no vivo; sueño la vida real. Todas las naves son naves de sueño siempre que tengamos el poder de soñarlas. Lo que mata al soñador es no vivir cuando sueña; lo que hiera al que actúa es no soñar cuando vive. Yo fundí en un color felicísimo la belleza del sueño y la realidad de la vida

Fernando Pessoa